

más de un lazo de parentesco con el conde Rappt, se precipitó, casi sin poder respirar, en el gabinete.

— ¡ Dios sea alabado ! murmuró Mr. Rappt, creyéndose al fin libre de las garras de los dos hermanos.

CAPÍTULO IV.

DONDE SE DICE FRANCAMENTE LA CAUSA DEL DESORDEN DE LA SEÑORA DE LA TOURNELLE.

— ¡ Socorro ! ¡ yo me muero ! exclamó la marquesa con una voz débil y cayendo con los ojos cerrados en los brazos del abad Bouquemont.

— ¡ Ah ! Dios mío, la señora marquesa, dijo éste, ¿ qué ha sucedido pues ?

— ¡ Cómo ! ¿ conocéis á la señora marquesa ? dijo el conde Rappt, que había avanzado para socorrer á la señora de la Tournelle, y que retrocedió al verla en los brazos de un amigo.

Nada podía asustarle en el mundo tanto como ver á la señora de la Tournelle amiga de un hombre tan corrompido como el abad.

Conocía la veleidad de la marquesa, y algunas veces, durante la noche, se despertaba sobresaltado y cubierto de sudor, pensando que sus secretos estaban en mano de una mujer, que lo amaba con todo su corazón, pero que, semejante al oso de La Fontaine, podía un día ú otro arruinarle, arrojándole, por espantar una mosca, uno de los secretos á la cara.

Después, si la marquesa era amiga de los dos hermanos

la conocía bastante para saber que en vez de ser un refuerzo para él, sería un refuerzo para ellos.

— Por eso, pues, se alteró más y más cuando habiéndosele escapado á su pesar estas palabras :

« ¡ Cómo ! ¡ Conocéis á la marquesa ! » le respondió el abad Bouquemont, parodiando la frase del conde á propósito de Mr. de Saint-Hereem :

— Sería indigno de vivir, si no conociese á una de las personas más piadosas de París.

El conde vió que era necesario tomar su partido de este conocimiento, y volviéndose á la marquesa, que fingía, por costumbre, á los sesenta años, uno de esos desmayos que tan bien están á los veinte :

— ¡ Qué tenéis, señora ! le preguntó. Os suplico que no nos dejéis más tiempo en esta incertidumbre.

— Yo me muero, respondió la marquesa sin abrir los ojos.

Esto era responder y no responder al mismo tiempo.

Así que el conde Rappt vió que la cosa no era tan alarmante como lo había creído al principio, se contentó con decir á su secretario :

— Es preciso pedir auxilios, Bordier.

— Es inútil, respondió la marquesa, abriendo los ojos y mirando á su alrededor con espanto.

Vió al abad.

— ¡ Ah ! sois vos, señor abad, dijo la vieja devota con el tono más tierno.

Ese acento hizo estremecer al conde Rappt.

— Sí, señora marquesa, soy yo, respondió alegremente el abad, y tengo el honor de presentaros á mi hermano Mr. Javier Bouquemont.

— Pintor de gran mérito, dijo la marquesa con su más

graciosa sonrisa, y á quien recomiendo con todo mi corazón á nuestro futuro diputado.

— Es inútil, señora, contestó Mr. Rappt; estos señores, á Dios gracias, se recomiendan suficientemente por sí mismos.

Los dos hermanos bajaron los ojos, y se inclinaron modestamente, con un movimiento tan semejante que se hubiera dicho que estaban movidos por el mismo resorte.

— ¿Qué os sucede, pues, marquesa? preguntó á media voz Mr. Rappt, como para indicar á los dos hermanos que prolongaban su visita, pecando de indiscreción.

El abad comprendió la intención é hizo demostración de retirarse.

— Hermano mío, dijo, me parece que abusamos de la bondad del señor conde.

Pero la marquesa le retuvo por el paño de su traje.

— De ningún modo, dijo, señor abad; la causa de mi dolor no es un disgusto para nadie. Por otra parte, como vos no sois extraño á lo que me trae, estoy gozosa de haberos encontrado aquí.

La frente del diputado se nubló, y por el contrario la del abad se puso radiante de alegría.

— ¿Qué queréis decir, señora marquesa? exclamó, ¿y cómo puedo yo, que daría mi vida por vos, tener la pena de no ser extraño á vuestro dolor?

— ¡Ah! señor abad, dijo la marquesa con un acento desesperado, ¿conocíais bien á Croupette?

— ¡Croupette! exclamó el abad con un tono que evidentemente quería decir: ¿qué es eso?

El conde que sabía lo que era Croupette, y que presentaba la causa de este gran dolor de la marquesa, cayó en un sillón exhalando un suspiro de disgusto y como un

hombre que fatigado por la guerra abandona su posición á sus enemigos.

— Si, Croupette, repitió la marquesa con un tono doloroso. No sabíais quién era y me habéis visto veinte veces con ella.

— ¿Dónde, señora marquesa? repuso el abad.

— En vuestra iglesia, en la congregación, en Montrouge. La llevo, ó más bien la llevaba siempre conmigo. ¡Oh! ¡gran Dios! el pobre animalito hubiera ladrado tanto si la hubiera dejado sola en el palacio.

— ¡Oh! ya estoy, exclamó el abad, enterado al fin por esta exclamación: ¡Pobre animalito! ya comprendo.

Y se golpeaba la frente como un hombre desesperado.

— ¿Se trata de vuestra encantadora perrita? un animalito tan querido, gracioso é inteligente. ¿Ha sucedido alguna desgracia, señora marquesa, á esa querida Croupette?

— ¡Desgracia! Lo creo bien, le ha sucedido una gran desgracia, exclamó la marquesa sollozando; ha muerto, señor abad.

— ¡Muerto! exclamaron en coro los dos hermanos.

— ¡Muerto víctima de un crimen odioso, de una alevosía abominable!

— ¡Cielos! exclamó Javier.

— ¿Y quién es el autor de ese execrable atentado? preguntó el abad.

— ¿Quién? Vos lo preguntáis, dijo la marquesa.

— Si, deseamos saberlo, contestó Javier.

— Pues bien, dijo la marquesa, es nuestro enemigo común, el enemigo del gobierno, el enemigo del rey, el farmacéutico del arrabal Saint-Jacques.

— Estaba seguro, exclamó el abad.

— Lo hubiera jurado, dijo el pintor.

— ¿Pero cómo ha sido, Dios mío?

— Iba á casa de nuestras buenas hermanas, dijo la marquesa; al pasar por delante del farmacéutico, la pobre Croupette, á quien yo llevaba con un cordoncito, se detuvo. Creí que el pobre animal tendría necesidad de detenerse y me detuve también. De repente, exhala un grito angustioso, me mira con dolor y cae muerta al instante sobre el empedrado.

— ¡Horroroso! exclamó el abad, levantando los ojos al cielo raso de la habitación.

— ¡Espantoso! dijo el pintor, cubriéndose el rostro.

Durante esta conversación, el conde Rappt había hecho recaer su impaciencia sobre un paquete de plumas, que había destrozado completamente.

La señora marquesa de la Tournelle notó por fin el poco interés que tomaba en la narración de aquella horrible catástrofe y de la impaciencia que le causaba la presencia de los dos hermanos.

Se levantó y dijo con una fría dignidad:

— Señores, estoy tanto más reconocida á las muestras de interés que manifestáis por la desgraciada Croupette, cuanto que contrastan con la profunda indiferencia de mi señor sobrino, quien preocupado con sus ambiciosos proyectos no tiene tiempo que ocupar en los sentimientos del corazón.

Los dos hermanos miraron al conde Rappt con indignación.

— ¡Sapo y vibora! murmuró éste.

Después dijo á la marquesa:

— Sí, me intereso, señora, y la prueba de que tomo la parte más activa en vuestra pena, es que me pongo á vuestra disposición para perseguir al autor del delito.

— ¿No os habíamos dicho ya, señor conde, dijo el abad, que ese hombre era un miserable, capaz de cometer toda clase de crímenes?

— Un gran criminal, dijo Javier.

— Me lo habíais dicho efectivamente, señores, replicó el diputado, levantándose y saludando á los dos hermanos, como quien dice: ya que estamos de acuerdo, que somos de una misma opinión y que ninguna disensión nos divide, marchaos á vuestra casa y dejadme tranquilo en la mía.

Los dos hermanos comprendieron el movimiento, y sobre todo la mirada.

— Adiós, pues, señor conde, dijo entonces el abad Bouquemont con un tono un tanto frío. Siento que no podáis consagrarnos algunos momentos más, porque mi hermano y yo tenemos aún algunas cuestiones importantes que proponeros.

— De las más importantes, continuó Javier.

— Esto no es más que una partida aplazada, dijo el exdiputado, y me lisonjeo con que tendré la satisfacción de volveros á ver.

— Ese es nuestro más ardiente deseo, dijo el pintor.

— Hasta la vista, pues, dijo el abad.

Después, saludando al conde, salió el abad el primero, seguido de su hermano, el que salió después de haberlo imitado en todo.

El conde Rappt cerró la puerta detrás de ellos y permaneció algún tiempo con la mano apoyada en el picaporte como para asegurarse que no volverían á entrar.

Después dirigiéndose á su secretario con una voz que parecía haber conservado sólo la fuerza necesaria para dar esta última orden:

— Bordier, le dijo; ¿conocéis bien á esos dos hombres?

— Sí, señor conde, dijo Bordier.

— Pues bien, dejáis mi servicio en el momento en que vuelvan á poner los pies en mi gabinete.

— ¡ Qué furor contra esos hombres de Dios ! mi querido Rappt, dijo devotamente la marquesa.

— Hombres de Dios, ¡ ellos ! rugió el diputado, secuaces de Satanás, mensajeros del diablo, querréis decir.

— Os engañáis, señor, completamente ; os lo juro, dijo la marquesa.

— ¡ Ah ! es cierto, olvidaba que son vuestros amigos.

— Tengo la más profunda admiración por la piedad del uno y la más cordial simpatía por el talento del otro.

— ¡ Pues bien ! os felicito sinceramente, marquesa, dijo el conde enjugándose la frente ; vuestra simpatía y vuestra admiración están bien colocadas. Desde que estoy en los negocios públicos he visto un gran número de bribones, pero es la primera ocasión que en toda mi carrera he encontrado intrigantes de ese calibre. ¡ Oh ! la Iglesia escoge bien sus levitas. ¡ Ya no me maravilla que sea tan impopular !

— Señor, blasfemáis, exclamó la marquesa encolerizada.

— Tenéis razón, no hablemos más de ellos, hablemos de otra cosa.

Después, volviéndose hacia su secretario :

— Bordier, tengo que hablar de un asunto de la más alta importancia con mi querida tía, le dijo procurando ganar el terreno que acababa de perder respecto á la marquesa. Me es imposible continuar recibiendo. Pasad á la antecámara, y excepto dos ó tres personas, cuya elección dejo á vuestra perspicacia, despedid á los demás. Bajo mi palabra de honor, que estoy fatigado en extremo.

El secretario salió, y el conde Rappt permaneció solo con la marquesa de la Tournelle.

— ¡ Oh ! qué malvados son los hombres, murmuró sordamente la marquesa, dejándose caer desfallecida en un sillón.

Mr. Rappt tenía buen deseo de hacer otro tanto ; pero el deseo que tenía de tener con su tía esa conversación tan importante, que había anunciado á Bordier, le detuvo.

— Querida marquesa, dijo yendo hacia ella y tocándola ligeramente en la espalda con la mano ; estoy dispuesto, sobre todo en este momento, á participar de vuestra opinión ; pero debéis comprender que no es ahora el momento de perder el tiempo en consideraciones generales ; las elecciones tienen lugar mañana mismo.

— Hé ahí por qué, replicó la marquesa, os he encontrado muy imprudente en haberos enemistado con dos hombres tan influyentes como lo son en el partido clerical el abad Bouquemont y su hermano.

— ¡ Cómo enemistado ! exclamó el conde Rappt, ¿ dos enemigos en esos dos bribones ?

— ¡ Oh ! podéis estar seguro. He conocido el odio en la mirada que os han dirigido, al despedirse de vos, esos dos dignos jóvenes.

— Esos dos dignos jóvenes... En verdad que haréis que me condene, tía mía... Enemigos... ¿ Me he enemistado con esos dos pillos?... ¡ Una mirada de odio !... Ellos me han dirigido una mirada de odio al marcharse... Cuando se marcharon, señora marquesa, sabéis que hacía más de una hora que estaban aquí. Sabéis que han pasado esta hora adulándome y amenazándome alternativamente ; sabéis que he prometido al uno un curato de cinco á seis mil francos, y al otro el decorado de una iglesia ; que después

de haber saciado su deseo, he sido obligado á hacer renacer su odio. ¡ Oh ! á fe mía, que aunque sea poco susceptible, mi corazón ha concluido por impacientarse de tal modo que, si no se marchan, creo, Dios me perdone, que los hubiera puesto á la puerta.

— Hubierais cometido un gran yerro ; el abad Bouquemont es el amigo de monseñor Coletti, quien me parece ya muy mal dispuesto contra vos.

— ¡ Ah ! vamos pues, abordemos la cuestión, ya es tiempo. ¿ Me decis, que monseñor Coletti está mal dispuesto contra mí ?

— Muy mal.

— ¿ Lo habéis visto, pues ?

— ¿ No me habiaisuplicado que le viera ?

— Sin duda, puesto que esta visita es justamente el asunto importante de que os quería hablar.

— Es preciso que alguien ha influido contra vos en el ánimo de monseñor.

— Vamos, sin rodeos, marquesa, expliquémonos. Vos me amáis con todo vuestro corazón, ¿ no es cierto ?

— Mi querido Rapp, ¿ podéis dudarlo ?

— No lo dudo, por eso hablo francamente con vos. Tengo necesidad de ser célebre. Quiero serlo. Es para mí el *to be or not to be* ; mi porvenir está en eso. La ambición me dará la dicha ; pero es preciso que esta ambición sea satisfecha. Es preciso que sea diputado, para ser ministro ; yo quiero ser ministro y es preciso que lo sea. ¡ Pues bien ! Mr. Olivetti habia prometido por la señora duquesa de Angulema, cuyo confesor es, proponerme al rey para ese cargo. ¿ Ha hecho lo que habia prometido ?

— No, dijo la marquesa.

— ¡ No lo ha hecho ! exclamó el conde admirado.

— Y no creo que esté dispuesto á hacerlo, dijo la marquesa.

— ¡ Veamos ! porque verdaderamente mi cabeza se pierde, rehusa apoyarme.

— Absolutamente.

— ¿ Os lo ha dicho ?

— Me lo ha dicho.

— ¡ Y qué ! ¿ ha olvidado ya que yo fui quien le hice nombrar obispo y que por vos ha entrado en casa de la duquesa de Angulema ?

— Todo lo recuerda ; pero según dice, todo eso no podrá hacerle faltar á su conciencia.

— ¡ Su conciencia ! ¡ su conciencia ! murmuró el conde Rapp. ¿ En casa de qué usurero la ha dejado empeñada, y cuál de mis enemigos le ha dado el dinero para desempeñarla ?

— ¡ Mi querido conde ! ¡ mi querido conde ! exclamó la marquesa santiguándose, no os conozco ya ; vuestra razón se extravia.

— Verdaderamente es para romperse la cabeza contra la pared. Uno á quien creía comprado y quiere hacerse pagar antes de venderse. Mi querida marquesa, subid al coche : tenéis buenas relaciones hoy, ¿ no es cierto ?

— Sí.

— ¡ Pues bien ! id á casa de monseñor Olivetti ; convidadle.

— ¿ Pero no pensáis que ya es muy tarde ?

— Diréis que habéis querido invitarle personalmente.

— Acabo de salir de su casa, y no le he dicho una palabra.

— ¡ Cómo ! sabiendo el poco tiempo que me queda, ¿ no habéis obtenido de él que viniese con vos ?

— Ha rehusado, diciendo que si vos creéis tener necesidad de él, á vos os toca ir á su casa, y no á él venir á la vuestra.

— Mañana iré.

— Será muy tarde.

— ¿Cómo es eso?

— Los diarios se habrán repartido, y lo que tenga que decir contra vos estará impreso.

— ¿Y qué puede tener que decir contra mí?

— ¿Quién sabe!

— ¿Cómo, quién sabe? explicaos.

— Monseñor Olivetti está, como sabéis, en vísperas de convertir á la princesa Ryna á la religión católica.

— ¿Aun no se ha convertido?

— No, pero su salud se debilita cada día; y además es el confesor de vuestra mujer.

— ¿Oh! Regina no ha podido decir nada contra mí.

— ¿Quién sabe! en la confesión...

— Señora, dijo indignado el conde Rappt; para los más malos sacerdotes, es sagrada la confesión.

— En fin, qué se yo; pero tengo un consejo que daros, y es...

— ¿Cuál?

— El de que subáis á vuestro carruaje y vayáis á hacer las paces con él.

— Pero si tengo aun tres ó cuatro electores que recibir.

— Dejadlos para mañana.

— Me faltarán sus votos.

— Más vale que falten tres votos que mil.

— Tenéis razón; Bautista, exclamó Mr. Rappt, dirigiéndose á la campanilla, ¿Bautista!

Bautista apareció.

— Mi carruaje, dijo el conde, y enviadme á Bordier. Un momento después el secretario entraba en el gabinete.

— Bordier, dijo el conde, salgo por la escalera secreta, despedid á los que esperan.

Y habiendo besado vivamente la mano de la marquesa, se lanzó fuera del gabinete con tanta precipitación, que no pudo oír á la señora de la Tourmelle decir á su secretario:

— ¡Y ahora, Bordier, vamos á buscar los medios de vengar la muerte de Croupette!

CAPÍTULO V.

DONDE SE DEMUESTRA QUE DOS AUGURES NO PUEDEN MIRARSE SIN BEER.

El conde Rappt llegó rápidamente á la calle de Saint-Guillaume, donde estaba situado el palacio que habitaba monseñor Coletti.

Monseñor ocupaba un pabellón entre el patio y el jardín. Nada más encantador que este retiro. Un verdadero nido de poeta, de amantes ó de abad, abierto al sol del Mediodía y cerrado herméticamente á los frios vientos del Norte. El interior de este pabellón manifestaba el sensualismo refinado del sagrado personaje que lo habitaba. Un ambiente tibio, embalsamado, voluptuoso, rodeaba al que entraba en la habitación, y un hombre que hubiera sido llevado allí con los ojos vendados, hubiera podido creerse, con sólo respirar el perfume de aquella atmósfera, en uno

de esos retretes misteriosos, de embriagador sensualismo, donde las bellezas del Directorio iban á entonar sus cánticos y á quemar sus perfumes.

Un criado mixto de uñer y sacerdote introdujo al conde Rappt en un pequeño salón, medio alumbrado, ó mejor dicho, medio obscuro que precedía al salón de recibir.

— Su gran señoría está profundamente ocupado en este momento, dijo el criado, y no sé si podrá recibir; pero si el señor quiere decir su nombre...

— Anunciad al conde Rappt, dijo el diputado.

El criado se inclinó profundamente, y entró en el salón, de donde salió después de algunos instantes, diciendo:

— Su gran señoría va á recibir al señor conde.

El coronel no esperó mucho tiempo. Al cabo de cinco minutos vió salir del salón, y ser despedidos por monseñor Coletti, á dos personajes cuyos rostros no conoció al pronto á causa de la obscuridad que había en la habitación; pero que reconoció muy pronto viéndoles inclinarse ante él, con un servilismo de que sólo podían dar muestra los hermanos Bouquemont.

Eran en efecto Sulpicio y Javier Bouquemont.

Mr. Rappt les saludó tan cortesantemente como pudo y entró en el salón, seguido del obispo, que no quiso consentir en entrar el primero.

— No me esperaba ya tener la honra y el placer de veros hoy, señor conde, dijo el obispo, haciendo sentar al conde Rappt sobre un sitial á su lado.

— ¿Por qué pues, monseñor? preguntó éste.

— Porque un hombre de Estado como vos, respondió con humilde tono monseñor Coletti, debe tener la vispera de las elecciones otra cosa que hacer que visitar á un pobre ermitaño como yo.

— Monseñor, dijo vivamente el diputado que veía que este hipócrita imitador de Marioix podía llevarle muy lejos: la señora marquesa de la Tournelle ha tenido la piedad de advertirme que había perdido, con gran sorpresa y pena mía, todo mi crédito respecto á vos.

— La señora marquesa de la Tournelle quizá haya ido un poco lejos, interrumpió el obispo, diciendo todo el crédito.

— Es decir, monseñor, que falta poco.

— Confieso, señor conde, contestó el abad frunciendo el entrecejo con aire de tristeza y levantando los ojos al cielo, como si llamase sobre el pecador que estaba delante de él toda la misericordia divina, confieso que, en el momento en que S. M. me ha pedido mi parecer franco sobre vuestra reelección y sobre vuestra entrada en el ministerio, confieso que... sin decir todo lo que pensaba, me he contraído á suplicar al rey que lo reflexionase y no tomase una resolución definitiva sin haber hablado largamente con vos.

— No he venido aquí más que para eso, monseñor, contestó secamente el diputado.

— Pues bien... hablemos, señor conde.

— ¿Qué tenéis que reprocharme, monseñor? preguntó el diputado; personalmente, se entiende.

— ¡Yo! exclamó el obispo con un aire inocente, ¿tener yo alguna cosa que reprocharos personalmente! pero, en verdad, que me confundís; porque desde el momento que se trata de mí, señor conde, ¿no tengo más que motivos de alabaras! Yo lo he dicho al rey, lo confieso altamente; yo lo refiero á quien me escucha, ¿que estoy muy reconocido á vos!

— ¿Entonces, monseñor, de qué se trata? ¿De qué

proviene, puesto que sólo tenéis motivos para alabarme, según decís, el desercido en que he caído respecto á vos ?

— Es muy difícil el decirlo, dijo el obispo, moviendo la cabeza con embarazo.

— Quizá pueda ayudaros, monseñor.

— No deseo más, señor conde ; ¿ así vos también dudáis, según pienso, de lo que se trata ?

— De ninguna manera, os lo aseguro ; pero buscando juntos, puede ser que lleguemos á ello.

— Hay en vos dos hombres, monseñor : el sacerdote y el hombre político, dijo el diputado mirando con disimulo al obispo ; ¿ á cuál de los dos he ofendido ?

— A ninguno, respondió monseñor, fingiendo dudar.

— Os pido perdón, monseñor, continuó el conde Rappt ; hablemos francamente, y decidme, á cuál de los dos hombres que representáis debo dar mis excusas y una reparación.

— Escuchad, señor conde, dijo el obispo, seré franco con vos, en efecto ; para empezar, permitidme recordaros la admiración que experimento por vuestro esclarecido talento. Ningún hombre me ha parecido hasta el presente más digno de aspirar á los más altos puestos del Estado ; desgraciadamente una tacha viene á obscurecer el resplandor en que yo me complacia, colocándoos.

— Explicaos, monseñor ; no deseo más que confesarme.

— Pues bien, dijo lenta y friamente el obispo, os cojo la palabra ; quiero confesaros ! La casualidad me ha hecho confidente de una falta que vos habéis cometido ; confesádmela como si estuviérais en el tribunal de la penitencia, y postrado de rodillas suplicando por vos, imploraré día y noche la misericordia divina hasta obtener vuestro perdón.

— ¡ Hipócrita ! pensó el conde Rappt ; ¡ hipócrita é imbecil ! ; cómo puedes creer que seré tan necio que me deje coger en un lazo ! Yo soy, por el contrario, quien te va á confesar.

— Monseñor, dijo en voz alta, si os he comprendido, vos habéis por casualidad, y recalcó con intención esta palabra, tenido conocimiento de una falta que yo he cometido, ; ponedme en camino de recordarla ! ; Es un pecado venial... ó... mortal ? Esa es toda la cuestión.

— Sondeos bien, señor conde, interrogaos, dijo el obispo con aire compungido : ojead vuestra conciencia. ; Tenéis alguna cosa grave... muy grave que reprocharos ? Sabéis que tengo respecto á vuestra familia, y particularmente respecto á vos, una ternura enteramente paternal ; tendré por lo tanto la posible indulgencia. Habladme pues con confianza, no tenéis un amigo más sincero que yo.

— Escuchad, monseñor, repuso el conde Rappt, mirando severamente al obispo : ambos conocemos á los hombres ; nos conocemos lo suficiente para no engañarnos uno á otro, y también conocemos las pasiones humanas. ; Sabemos cuán pocos llegan á nuestra edad con nuestros deseos y ambición, á la posición en que estamos, sin descubrir, al dirigir una mirada retrospectiva... sus debilidades !...

— ¡ Sin duda ! interrumpió el obispo bajando los ojos, porque no podía sostener la mirada fija del diputado ; la naturaleza humana es imperfecta ; sin duda todos tenemos, detrás, á la espalda, los errores, las debilidades... ; Pero, continuó alzando la cabeza, alguna de estas debilidades podría con divulgarse comprometer seria y aun peligrosamente ! Si es una falta de esta especie, confesadla, señor conde, que aun siendo dos, no seríamos muchos.

para conjurar los peligros que pueden seguirse. Consultaos pues.

El conde dirigió al obispo una mirada de odio. Tenía deseo de llenarle de injurias, pero imaginó que sería mejor camino engañándolo *jesulicamente*, como el obispo procuraba hacerlo con él, y respondió con aire contrito :

— ¡ Ay de mi ! ; monseñor ! podrá uno recordar distintamente todo el mal ó el bien que ha podido hacer en este mundo ! Una falta que puede parecernos pequeña, poco importante, para los que sabemos que el fin justifica los medios, puede aparecer una falta enorme, un crimen monstruoso á los ojos de la sociedad. ; Es, como deciais ahora poco, la naturaleza humana tan imperfecta ! ; nuestra ambición tan grande ! ; nuestros proyectos tan largos ! ; nuestra vida tan corta ! Estamos acostumbrados, de tal manera, para conseguir nuestro objeto, á separar cada día obstáculos desapercibidos, á atravesar nuevas malezas, que olvidamos fácilmente las miserias de la víspera ante los obstáculos del momento. Y entonces, ; quién de nosotros no relega al fondo de su corazón su peligroso secreto, sus remordimientos, sus temores ! ; Quién es aquel que puede decir, con sinceridad, al llegar á nuestra posición, he marchado por el camino derecho, sin dejar una gota de mi sangre en las espinas del camino ! ; He cumplido gloriosamente mi tarea, sin echar sobre mí el peso de tal ó cual falta ! ; aun de tal ó cual crimen ! ; Quién se presenta así, habiendo tenido la menor ambición en su corazón ! si lo hubiese, yo me prosternaría humildemente, y le diría, golpeándome el pecho : soy indigno de ser tu hermano. El corazón del hombre es parecido á los grandes ríos, que reflejan el cielo en su superficie y ocultan á las miradas el barro de sus lechos. ; No me preguntéis, pues, mon-

señor, por tales ó cuales secretos ! ; Tengo más secretos que años ! Decidme más bien cuál de esos secretos habéis descubierto, y lo dividiremos entre los dos, para buscar el medio de absolverlo.

— No deseo más, sino lo que vos gustéis, señor conde, dijo el obispo ; entretanto, si vuestro secreto me ha sido confiado, y yo he hecho juramento de guardarlo, ¿ cómo queréis que falte á mi juramento ?

— ¿ Ha sido en confesión ? preguntó Mr. Rappt.

— ¡ No !... precisamente, dijo vacilando el obispo.

— Entonces, monseñor, podéis hablar, dijo secamente el diputado. Entre personas honradas como nosotros, es preciso ayudarse mutuamente. Yo os recordaré por otra parte, á mi vez, continuó severamente el conde Rappt, á fin de tranquilizar vuestra conciencia, que no cumplisteis vuestro primer juramento.

— Pero, señor conde, interrumpió sonrojándose el obispo.

— Pero, monseñor, continuó el diputado, sin hablar de juramentos políticos, que no se prestan sino para ser cambiados, es decir, violados, vos habéis violado otros muchos.

— ¡ Señor conde ! exclamó el obispo con una voz indignada.

— Habéis hecho, monseñor, voto de castidad, continuó el conde, y según creo y creen los demás, sois el sacerdote más galanteador de París.

— ¡ Señor conde, me injuriáis ! dijo el obispo, ocultando el rostro entre sus manos.

— Habéis hecho voto de pobreza, prosiguió el diplomático, y sois más rico que yo ; porque debéis cien mil francos ; habéis hecho voto de...

— ¡ Señor conde ! dijo el obispo levantándose, no sabría oiros más. Creía que habíais venido á buscar la paz aquí ; y es la guerra lo que venís á traerme, sea.

— Escuchad, monseñor, continuó más dulcemente el diputado, nada ganaremos el uno ni el otro haciéndonos la guerra. Yo, al menos, no la traigo como decís. Si tal hubiera sido mi intención, no hubiera tenido el honor de explicarme con vos en este momento.

— ¿ Pero qué queréis de mí ? preguntó el obispo dulcificando su tono.

— Deseo saber cuál de mis faltas ha llegado á vuestro conocimiento, dijo francamente el conde Rappt.

— ¡ Una falta horrible ! murmuró el obispo, levantando los ojos al cielo raso de la habitación.

— ¿Cuál ? insistió el conde.

— ¡ Os habéis casado con vuestra hija ! dijo monseñor Coletti, ocultando el rostro y dejándose caer en un sillal.

El diputado lo miró con una especie de menosprecio, con un aire que quería decir :

— ¡ Y bien ! ¡ sí ! ¡ y después !

— ¿ Es por la condesa por quien sabéis ese secreto ? preguntó.

— ¡ No ! respondió el obispo.

— ¿ Por la marquesa de la Tournelle ?

— ¡ No ! respondió monseñor.

— Entonces es por la mariscala de Lamothe-Houdón.

— No puedo deciros por quién, dijo el obispo, moviendo la cabeza.

— Hubiera debido pensarlo ; vos sois su confesor.

— Creed que no lo he sabido por confesión, se apresuró á decir el prelado.

— ¡ Ya lo creo ! dijo Mr. Rappt. No lo dudo, monseñor.

Pues bien, añadió mirando frente á frente al obispo, es la verdad. Ella es, sin duda, terrible como decís : pero lo confieso valerosamente. Si, me he casado con mi hija ; pero *espiritualmente*, monseñor, si me permitís expresarme así, y no materialmente como parece creéis. Sí, he cometido un crimen horrible á los ojos de la sociedad, ante el Código. Pero, bien sabéis que el Código no está hecho más que para dos clases de personas : los que están debajo, como los criminales de baja esfera, y los que están por cima, como vos y yo, monseñor.

— ¡ Señor conde ! exclamó vivamente el obispo, mirando bien á su alrededor como si temiese que alguien pudiese oír sus palabras.

— ¡ Pues bien ! monseñor, continuó el conde Rappt, después de un momento de duda ; en pago de vuestro secreto voy á confiaros otro que, estoy seguro, no dejará de seros agradable.

— ¿ Qué queréis decir ? preguntó el obispo, preparándose á escuchar.

— ¿ Recordáis una conversación que tuvimos juntos, una tarde, algunas horas antes de mi partida para Rusia, paseándonos bajo los corpulentos árboles del parque de Saint-Cloud ? Serían las siete y media poco más ó menos.

— Recuerdo, efectivamente, el paseo, dijo el obispo sonrojándose ; pero no recuerdo, sino muy vagamente, nuestra conversación.

— En ese caso, monseñor, voy á recordárosla ahora mismo, ó más bien á reasumirla brevemente. Me pedíais que hiciera os nombrasen arzobispo, he recordado vuestra conversación y he obrado. Al día siguiente de mi vuelta de San Petersburgo, escribí á nuestro Santo Padre, y recordándole que teníais sangre de Mazarino en vuestras ve-

nas, y sobre todo su genio, le pedía una pronta respuesta, la que espero de aquí á unos días.

— Creed, señor conde, que estoy confundido en vuestra bondad, baluceó el obispo; yo no pensaba haber manifestado tan ambicioso deseo; siento que la falta que nos separa, no me permita daros las gracias como hubiera querido, porque un pecador como...

El conde Rappt le detuvo.

— Esperad un momento, monseñor, dijo mirando al obispo con la risa en los labios; os he hablado de un secreto, no os he dicho sino una cosa muy sencilla. Deseáis ser arzobispo, yo he escrito al Padre Santo y esperamos la respuesta: hasta aquí nada más natural. Pero el secreto, hélo aquí: es preciso que cuente entera y absolutamente con vos, monseñor, para revelároslo, porque es un secreto de Estado.

— ¿Qué queréis decir? exclamó vivamente el obispo, quizá con demasiada viveza porque el diputado se sonrió.

— Mientras que la marquesa de la Tournelle, continuó el conde, estaba con vos, el médico de monseñor de Quelen estaba conmigo.

Aquí, el obispo abrió desmesuradamente los ojos como para ver bien si el que le anunciaba la visita del médico del arzobispo era mensajero de una buena noticia.

El conde Rappt parecía no notar la atención que monseñor Coletti ponía á sus palabras, y continuó:

— El médico de monseñor, tan jovial de ordinario como las personas de su clase que tienen bastante inteligencia para admitir alegremente lo que no pueden evitar, me ha parecido tan profundamente afectado, que me creía obligado á preguntarle la causa de su aflicción.

— ¿Qué tenía, pues, el doctor? preguntó el obispo con

una emoción fingida, que procuró hacer verdadera. Sin tener el honor de ser su amigo, le conozco mucho para interesarme particularmente por él, no sólo porque es uno de los cristianos más recomendables, sino también porque está patrocinado por nuestros reverendos hermanos de Montrouge.

— La causa de su disgusto es fácil de comprender, respondió el diputado, y vos la comprenderéis mejor que nadie, monseñor, cuando os diga que nuestro santo prelado está enfermo.

— ¿Monseñor está enfermo! exclamó con un terror muy bien representado ante cualquier otro que el cómico que llamamos el conde Rappt.

— Sí, respondió éste.

— ¿De peligro? preguntó el obispo, mirando con disimulo á su interlocutor.

En aquella mirada había todo un discurso, toda una cuestión, toda una interrogación expresiva, excitante. Aquella mirada quería decir: os comprendo; me ofrecéis el arzobispado de París en recompensa de mi silencio. Nos entendemos; pero no me engaños. Procurad no engañarme, ¡oh desgraciado de vos! porque emplearé todas mis fuerzas en abatiros.

Hé ahí todo lo que la mirada significaba, ¡y quizá más!

El conde Rappt lo comprendió, y respondió afirmativamente.

El obispo continuó:

— ¿Creéis que su enfermedad sea tan peligrosa que tengamos el dolor de perder á ese santo hombre?

La palabra dolor significaba esperanza.

— El doctor está inquieto, dijo el conde Rappt con voz conmovida.

- ¿Muy inquieto? dijo el obispo, en el mismo tono.
- ¡Si, muy inquieto!
- ¡La medicina tiene tantos recursos, que podemos muy bien esperar se cure ese santo hombre!
- Ese es el término propio, monseñor.
- ¡Un hombre á quien no se reemplazará!
- Que se reemplazará, al menos, difícilmente.
- ¿Quién podrá reemplazarle? preguntó el obispo con tono afligido.
- Aquel que, gozando ya de toda la confianza de S. M., dijo el conde, sea presentado al rey como su digno sucesor.
- ¿Existe semejante hombre? preguntó modestamente el obispo.
- Si, respondió el diputado, existe.
- ¿Y le conocéis señor conde?
- Sí, dijo Mr. Rappt, le conozco.
- Diciendo estas palabras, el diplomático miró al obispo del modo con que éste le había mirado anteriormente, es decir, que lo puso al corriente de su pensamiento. Monseñor Coletti le comprendió, y bajando la cabeza con humildad, le dijo:
- ¡Yo no le conozco!
- Pues bien, monseñor, permitidme que os haga conocerle, repuso Mr. Rappt.
- El obispo se estremeció.
- Sois vos, monseñor.
- ¡Yo! exclamó el obispo, ¡yo! ¡soy indigno! ¡yo! ¡yo! Y repetía esa palabra para fingir asombro.
- Vos, monseñor, dijo el diputado; si vuestro nombramiento depende de mí, como pudiera suceder, siendo ministro...

- El obispo se sentía mal de tanto placer.
- ¡Y qué! balbuceó...
- El diputado no le dejó continuar.
- Me habéis comprendido, monseñor, dijo; es un arzobispado lo que os propongo en recompensa de vuestro silencio. Creo que nuestros dos secretos pueden compensarse.
- ¿Así, dijo el obispo, mirando á su alrededor, os comprometéis solemnemente, en el caso presente, á encontrarme digno del arzobispado de París?
- ¡Sí! dijo Mr. Rappt.
- Y si se realiza, ¿no renegaréis de vuestra palabra? replicó el obispo.
- ¿No conocemos ambos el valor de los juramentos? dijo sonriendo el diputado.
- ¡Sin duda, sin duda! dijo el obispo; entre honradas gentes, se entiende uno siempre! Pues bien, añadió; si yo lo pretendiese, ¿confirmaríais esa promesa?
- Ciertamente, monseñor.
- ¿Por escrito? preguntó el obispo en tono de duda.
- ¡Por escrito! afirmó el conde.
- ¡Pues bien! dijo el obispo, volviéndose á un lado, donde había una mesa, sobre la que había papel, plumas y tinta, ó como se dice en lenguaje de teatro, lo necesario para escribir.
- Esta palabra, *¡pues bien!* era tan expresiva, que el conde Rappt, sin pedir más explicación, se dirigió á la mesa, y confirmó por escrito la promesa que acababa de hacer verbalmente al obispo.
- Alargóle el papel, que el obispo cogió y leyó, echó arenilla, lo dobló, lo puso en un cajón y mirando á Mr. Rappt con una sonrisa, de que su abuelo Mefistófeles ó su compa-

ñero el obispo de Autun le había ciertamente transmitido el secreto, le dijo:

— Señor conde, á partir desde este momento no tenéis un amigo más seguro que yo.

— ¡ Monseñor ! respondió el conde Rappt, que Dios que nos oye me castigue si he dudado nunca de vuestro cariño.

Y los dos honrados hombres se separaron después de haberse estrechado las manos.

CAPÍTULO VI.

DE LA SENCILLEZ Y DE LA FRUGALIDADE DE MR. RAPPT.

Los ministros se parecen á los cómicos viejos: no saben retirarse á tiempo. Ciertamente, las votaciones de la cámara de los pares habrían debido advertir á Mr. de Villele del peligro que amenazaba al rey. Hacia cuatro años que la cámara hereditaria estaba en oposición con las disposiciones del gobierno. Pero sea que dotado de un inmenso orgullo ó de una recta inteligencia, Mr. de Villele no notase esa oposición persistente, ó que desdénase notarla, no sólo no pensó en retirarse, sino que el nombramiento de veinticuatro nuevos pares le pareció medio seguro para tener mayoría en la alta cámara.

Pero esa mayoría, aun admitiendo que la tuviese en la cámara de los pares, no le aseguraba la de la cámara de los diputados. La oposición había hecho rápidos progresos en la cámara electiva. De diez ó doce votos de mayoría, se había elevado á ciento cincuenta. Seis reelecciones habían

tenido lugar durante el año en los departamentos, en Rouen, Orleans, Bayonne, Mamers, Meaux, Saintes, y en todas partes los candidatos de la oposición habían sido nombrados por mayorías formidables. En Rouen, el candidato del gobierno no había podido obtener más que 57 votos de 967 que votaron. Y no era para despreciar el carácter agresivo de estas elecciones, porque en el número de los nuevos elegidos figuraban Lafayette y Laffitte.

Y en esto es donde los gobiernos pasados, presentes y futuros han encallado y encallarán. Cuando no se precede á la oposición, es preciso seguirla. Es vengarse del mar, azotándole. Es no satisfacer los deseos, sino distraerlos, y el hambre es mala consejera, según dice el adagio.

Id á ver también, desde este momento, el viejo esquife de la monarquía, carenado con tanto cuidado por los diplomáticos extranjeros, y por un ministerio extraño á la nación, zozobrar un momento, levantarse un minuto, bordear durante treinta y un meses entre mil escollos y zozobrar definitivamente, sin esperanza de salvación.

Mr. Rappt, al volver todavía de casa de monseñor Coletti, estaba lejos de hacer todas estas reflexiones. Deseaba reemplazar á Mr. de Villele, y obraba como Mr. de Villele hubiera obrado en su lugar, es decir, que trabajaba por su cuenta é interés tan sólo. Quería ser diputado desde luego, ministro después, y para conseguirlo no retrocedía ante ningún obstáculo. Es verdad que miraba con tanto desprecio los obstáculos que encontraba, que no tenía gran mérito en conseguir descartarlos.

De vuelta á su casa, subió por la escalera excusada y entró en su gabinete.

Mad. de la Tournelle acababa de dejarlo, y sólo encontró á Bordier.

— Llegáis á tiempo, señor conde, dijo el secretario ; os esperaba con impaciencia.

— ¿ Qué sucede, Bordier ? preguntó el diputado dejando el sombrero sobre una mesa, y dejándose caer en un sillal.

— Aun no hemos concluido con los electores, respondió Bordier.

— ¿ Cómo es eso ?

— Que os he dejado libre de todos los que esperaban, excepto uno á quien me ha sido imposible despedir.

— ¿ Es hombre de nombradía ?

— Como puede serlo un hombre del pueblo. Dispone de cien votos.

— ¿ Cómo lo llamáis ?

— Brewer.

— ¿ Qué hace ese Brewer ?

— Cerveza.

— ¿ Es por eso por lo que le llaman el Crómwel del departamento ?

— Sí, señor conde.

— ¡ Puf ! dijo Mr. Rappt, con aire de disgusto. ¿ Y qué quiere este comerciante de cerveza ?

— No sé precisamente lo que quiere ; sino lo que no quiere : no quiere marcharse.

— ¿ Pero qué pide ?

— Pide veros, y dice que no se marchará sin haberos visto, aunque deba esperaros toda la noche.

— ¿ Y decís que cuenta con cien votos ?

— Cien votos lo menos, señor conde.

— Entonces es preciso recibirle.

— Me parece que no podéis dispensaros de hacerlo, señor conde.

— Vamos á recibirle, dijo el diputado con la resignación de un mártir. Ante todo, llamad á Bautista ; no he comido náda desde esta mañana, y me muero de hambre.

El secretario llamó á Bautista, y el criado apareció.

— Traedme una taza de caldo y un pedazo de pan, dijo el conde Rappt. Al ir á la cocina, haced entrar al señor que espera en la antecámara.

Después, volviéndose hacia el secretario :

— ¿ Tenéis notas precisas sobre este personaje ?

— Precisas, ó poco menos, dijo el secretario, leyendo una hoja de papel :

« Brewer, cervecero, hombre franco, cándido, amigo del farmacéutico Renaud, hijo de un labrador, enriquecido á causa de treinta y cinco años de trabajo consecutivos. No le gusta la adulación y se incomoda por los cumplimientos ; confiado respecto á sus amigos y desconfiado de los demás ; está muy estimado en la demarcación. Cuenta con cien votos, por último. »

— ¡ Bien ! dijo el conde Rappt ; este no será muy largo. Nos arreglaremos muy pronto.

El criado anunció al señor Brewer.

Un hombre de cincuenta y pico de años, de alta estatura y franca fisonomía, entró en el gabinete.

— Señor, dijo el recién llegado inclinándose, perdonad que un desconocido haya insistido tanto en veros.

— ¡ Señor Brewer ! respondió el diputado, examinando atentamente el rostro del elector, como si debiese descubrir en las líneas de su rostro la marcha que debia seguir con él ; señor Brewer, vos no sois un desconocido para mí, y es porque conozco el nombre de mis enemigos (entre los cuales os considero) casi lo mismo que el de mis amigos.

— Estoy lejos de ser vuestro amigo, efectivamente, señor, pero no soy ya vuestro enemigo. Me he opuesto á vuestra candidatura, y me opondré probablemente siempre, no por vos personalmente, sino á causa del sistema (desastroso á mi ver) que preconizáis. Aparte de esta enemistad de partido, tan sólo política, rindo homenaje, señor, á vuestro esclarecido talento.

— Me aduláis, señor, dijo el conde Rappt, fingiendo confundirse.

— Yo no adulo jamás, señor, dijo enojado el cervecero; yo adulo tan poco, como deseo serlo. Pero ya es tiempo de deciros el motivo de mi visita, si me permitís.

— Hablad, señor Brewer.

— Señor, he leído ayer en mi periódico, con grande asombro, porque *El Constitucional* no es precisamente el órgano del gobierno; he leído, os digo, una circular electoral, una profesión de fe, firmada con vuestro nombre. ¿Es realmente vuestra?

— ¿Lo dudáis, señor? exclamó el conde Rappt.

— Lo dudaré, hasta que me lo afirméis personalmente, respondió friamente el elector.

— Pues bien, señor, os lo afirmo.

— He encontrado esta profesión de fe, continuó el cervecero, tan sincera y conforme con el pensamiento del partido liberal, á quien represento; tan en razón, en fin, con las convicciones en que he vivido y moriré, que me he sentido profundamente encantado, y la opinión que hasta aquí tenía formada de vos, se ha destruido.

— ¡ Señor!... interrumpió modestamente el diputado.

— ¡ Sí, señor! insistió el elector; hubiera dado cualquier cosa, después de haber leído aquellas palabras, por estrechar la mano que las había escrito.

— ¡ Señor! interrumpió aun Mr. Rappt, bajando públicamente los ojos, verdaderamente me encantáis; la simpatía de un hombre como vos me es más apreciable que todos los favores públicos.

— No me hubiera decidido á venir, continuó el cervecero, sin parecer conmovido por el cumplido que el diputado le arrojó á quema ropa; no me hubiera resuelto á visitaros, si mi antiguo amigo Renaud, antiguo farmacéutico del arrabal Saint-Jacques, no hubiera ido á verme al salir de aquí.

— ¡ Qué gran ciudadano es vuestro amigo Renaud! dijo el conde con una especie de entusiasmo.

— ¡ Un buen ciudadano! dijo aun Brewer; uno de los que hacen la revolución sin aprovecharse de ella. La legalidad, de que habéis dado pruebas ante mi antiguo amigo, me ha decidido á haceros esta visita. Mi objeto, para decirlo de una vez, en venir á veros y á hablar con vos, ha sido el de llevar la certidumbre de que puedo, con toda confianza, votar y hacer que mis amigos voten por vos.

— Escuchadme, Mr. Brewer, dijo el diputado cambiando de tono bruscamente, porque veía que hasta aquí había caminado por falsa senda, y que el tono rudo del militar convendría más con Mr. Brewer, que el tono dulce del cortesano. Escuchadme, voy á hablaros con toda franqueza.

Otro que Mr. Brewer, oyendo salir de la boca del conde estas palabras: *voy á hablaros con franqueza*, hubiera desconfiado y se habría puesto en guardia; pero Mr. Brewer, permitiéndonos la frase que parece pertenecer á La Palisse, era demasiado confiado para desconfiar. Así son los que más desconfían de los gobiernos y se dejan arrastrar alegremente por la hipocresía de los que los representan. El

cervecero escuchó, pues, con toda la atención posible.

— No soy un pretendiente de votos, señor, continuó el diputado; no pido el voto de nadie, no voy á solicitar vuestro sufragio como lo habrá hecho ó lo hará mi adversario, quien se dirá más liberal que yo. No, no; á la conciencia pública es á quien me dirijo; el sufragio de la conciencia pública es lo que yo solicito. Es preciso que todos los que me honren, dándome su sufragio, me conozcan á fondo. El hombre que debe representar á sus conciudadanos no debe ser sospechoso. Es preciso que la confianza sea recíproca entre los electores y los elegidos. Yo no acepto el mandato sino bajo esa condición, y os doy el derecho, cuando vuelva á aparecer otra vez ante vos, de pedir cuenta del modo con que os he representado. Dispensadme, señor, el que os hable así: tal vez encontraréis que uso un lenguaje poco caballeresco con vos; pero la franqueza me obliga á obrar así.

— En nada me disgustáis, señor, dijo el cervecero; lejos de eso, os suplico que continuéis.

En este momento entró Bautista, trayendo una bandeja, sobre la cual venían una taza de caldo, un pedazo de pan, un vaso y una botella de Burdeos que colocó sobre la mesa.

— Sentaos, pues, querido señor Brewer, dijo el diputado dirigiéndose á la mesa.

— No toméis molestia alguna por mi causa, os lo suplico, dijo el elector.

— ¿Me permitis que tome mi comida? preguntó el conde, sentándose.

— Os suplico que lo hagáis, señor.

— Perdonadme por el modo con que os recibo, querido señor; pero soy un hombre á quien incomodan los cumpli-

mientos, como veis; tengo un horror profundo á todo lo que huele á etiqueta. Como cuando puedo, sencilla y frugalmente. No gasto aparato, pues tengo gustos sencillos; mi abuelo era labrador, de lo cual me envanezo.

— El mío también, dijo sencillamente el cervecero; yo he sido quince años su guarda.

— ¡ Un motivo más de simpatía, querido Mr. Brewer! simpatía que me honra, porque hace común el pensamiento de dos hombres, que felizmente han conocido la escasez, la sobriedad. Mi comida es muy modesta para ofrecérsela; sin embargo, ¿si queréis hacerme el obsequio de aceptarla?

— Os doy mil y mil gracias, interrumpió el cervecero, confundido. ¡ Pero qué! añadió con aire maravillado y casi asustado, ¿ es eso solo vuestra comida?

— ¡ Eso solo, querido Mr. Brewer! ¿ tenemos nosotros tiempo para comer? Los hombres que aman verdaderamente á su país piensan en sus asuntos materiales. Y además, os lo repito, detesto la opulencia en la comida por mil razones, entre ellas por una que estoy seguro aprobaréis: es porque se me oprime el corazón pensando que en una sola comida, sin necesidad, sin fundamento, por pura ostentación, por vanidad sólo, se malgasta una cantidad que bastaría para alimentar á veinte familias.

— ¡ Es muy cierto, señor! interrumpió el elector conmovido.

— He sido criado, señor, en la escuela de la desgracia, prosiguió el diputado; llegué á París con zúecos, lo cual, en vez de avergonzarme, me honra. ¡ Sé, pues, á qué atenerme en las necesidades de las clases laboriosas! ¡ Ah! si todo el mundo conociese como yo el valor del dinero, ya se miraría en aumentar con impuestos tan pesados ya á los desgraciados contribuyentes.

— Pues bien, ahí justamente es donde yo quería venir á parar. Nos comprendemos; la enemistad que tengo por el gobierno, tiene su principal origen en los gastos exagerados, locos, de los empleados de la monarquía

— ¿Qué queréis decir?

— En la penúltima sesión, señor, fuisteis, permitidme que ahora que nos comprendemos bien os lo diga, uno de los más ardientes defensores de los nuevos impuestos con que se amenazaba á los contribuyentes. Todo vuestro sistema, que atentamente he estudiado, tendía á aumentar el presupuesto en lugar de disminuirlo. No veíais bienestar para el país sino en el aumento y enriquecimiento de los funcionarios, como lo había hecho el gobierno imperial; para concluir, vos procurabais adheriros al mayor número por interés, en lugar de adquirir la confianza de todos por el afecto.

— Escuchadme, querido Mr. Brewer; además de ser un hombre honrado, sois un hombre de talento. Voy á ser más franco aún con vos, si es posible, que lo he sido hasta aquí.

Otro que Mr. Brewer, hubiera desconfiado más y más; pero Mr. Brewer, por el contrario, cada vez desconfiaba menos.

— Pronto hará dos años, querido Mr. Brewer, que defendí ese sistema, lo confieso; ¿por qué no confesar francamente los errores? Pero esa es la única falta que tengo que reprocharme en toda mi vida. ¿Qué queréis! Al entrar en la carrera política, era sólo un militar ignorante de los negocios civiles, había vivido en el campo, en el extranjero, sobre los campos de batalla, además tenía necesidad extrema de una monarquía que nos imponía su despótica voluntad. ¿Qué podré deciros, la corriente me lanzó y me

dejé arrastrar! Cedi por necesidad, más bien que por convicción, pues sabía que el sistema era malo, deplorable. Pero para rechazar un sistema antiguo, es preciso un gobierno nuevo.

— Es verdad, dijo el cervecero, convencido.

— ¿Con qué objeto se colocan tablonés nuevos á un viejo buque? continuó Mr. Rappt, animándose; con el de que continúe flotando, zozobrando, mientras se construye uno nuevo. ¡Eso es lo que yo he hecho sin publicarlo! Dejo á esta vieja y carcomida monarquía, y vuelvo á la libertad como el hijo pródigo, lleno de vergüenza y arrepentimiento, pero regenerado también y lleno de fuerza y valor.

— ¡Oh!; muy bien, señor! exclamó el elector, conmovido hasta derramar lágrimas; ¡si supiéseis con qué placer os escucho y qué bien me hacéis!

— Por otra parte, como vos decís, continuó el conde Rappt, animándose más y más porque comprendía que respecto al cervecero estaba la plaza tomada y sólo faltaba posesionarse de ella; por otra parte, yo quería disminuir los empleados y aumentar los sueldos; hoy, por el contrario, quiero disminuir los sueldos y aumentar el número de los empleados. Así habrá más personas que se interesen en la acción del gobierno, y el gobierno se verá más obligado á obedecer las voluntades de todos ó á ceder. Mientras más ruedas tiene una máquina, más fuerza tiene ésta, y si una rueda se rompe, otra la reemplaza: es una ley matemática. No es, pues, por los intereses por lo que yo quiero atraer á los hombres, sino por el amor. Tal es mi deseo, tal es mi objeto, hasta que se presente el momento de devolver á la Francia la libertad que le corresponde, que Dios nos ha dado y que los monarcas nos quitan.

— No puedo expresar, señor, cuán conmovido estoy, exclamó el cervicero, levantándose precipitadamente. Perdonadme, mil veces, el haberos hecho perder un tiempo precioso. Pero salgo completamente iluminado, entusiasmado, gozoso, lleno de fe y esperanza en vos; tenéis un acento de verdad y franqueza que no me deja duda alguna. Si me habéis engañado, señor, no creeré más en nada; renegaré de Dios.

— Gracias, señor, dijo el diputado, levantándose, y para sellar cuanto acabamos de decir, ¿queréis darme la mano?

— Con toda el alma, señor, respondió el elector tendiendo la mano á Mr. Rappt, y con ella todo el reconocimiento de un hombre honrado.

En este momento Bautista, llamado por Bordier, apareció y acompañó á Mr. Brewer, quien salió diciendo:

— ¡Cómo me había engañado sobre este honrado hombre; todo es sencillo en él, hasta su frugal comida!

Bautista volvió después de haber acompañado á Mr. Brewer, y dijo:

— La comida está servida.

— Vamos á comer, Bordier, dijo sonriendo Mr. Rappt.

CAPÍTULO VII.

DONDE MR. JACKAL PROCURA DESQUITARSE DEL SERVICIO QUE LE HIZO SALVADOR.

Llegó por último el gran día de las elecciones; era el sábado 17 de Diciembre: ya veis si lo fijamos con precisión.

Hemos manifestado de un modo poco prolijo quizás, por nuestras tres escenas en casa del conde Rappt, cómo se preparaban los candidatos del gobierno.

Completemos el cuadro por una circular que debemos á un prefecto de uno de nuestros ochenta y seis departamentos.

No hemos elegido, hemos tomado al azar; se verá, por último, que tiene el mérito de la naturalidad.

« Su Majestad, decía la circular en cuestión, Su Majestad desea que la mayor parte de los miembros de la cámara, que ha terminado sus trabajos, sean reelegidos.

» Los presidentes de los colegios son los candidatos.

» Todos los empleados deben al rey el concierto de su influencia y esfuerzos.

» Si son electores, deben votar según el pensamiento de Su Majestad indicado por la elección de presidentes, y hacer votar del mismo modo por los electores sobre quienes tengan influencia.

» Si no son electores, deben, por pasos dados con *discreción y perseverancia*, tratar de determinar á los electores que conozcan á que den sus sufragios al presidente. *Obrar de otro modo, ó permanecer inactivo*, es rehusar al gobierno la cooperación que *le es debida*, es separarse de él y *renunciar á su empleo*.

» Haced estas reflexiones á vuestros subordinados, etc. »

Respecto al partido liberal, su oposición fué no menos pública; pero más eficaz.

El Constitutionnel, *El Courrier français* y los *Débats*, siguieron el mismo pensamiento, por más que se hubieran combatido anteriormente, para combatir al enemigo común; es decir, á un ministerio aborrecido, gastado é imposibilitado de seguir gobernando.